

REVISTA
DE
VALPARAISO.

PERIÓDICO QUINCENAL

LITERATURA, ARTES Y CIENCIAS.

DIRECTORA: — ROSARIO ORREGO DE URIBE.

TOMO II.

VALPARAISO.
IMPRENTA DEL MERCURIO
DE TORNERO Y LETELIER.

—
1874

ENVIO

A LA SEÑORA J. ROSA R. DE R.

EN SU DIA.

Llovieron rosas cuando alzara en Lima
 Hasta el empíreo su virjineo vuelo
 La *Americana* que al nativo suelo
 Ante la cristiandad ganóle estima.

De lo bello ideal así a la cima
 También se encumbra, para ser modelo,
 La femenil beldad bajo aquel cielo
 Cuyos encantos celebró la rima.

Flores llovidas de la azul esfera
 Son, pues, las hijas de la tierra hermosa
 Donde habeis visto vos la luz primera:

Y fuisteis en la *lluvia milagrosa*
 Por vuestras gracias y bondad sincera,
 De esas del cielo la mas noble *Rosa*.

30 de agosto de 1874.

R. J. BUSTAMANTE.

 REVISTA DE LA QUINCENA.

Un célebre escritor de nuestros días ha dicho: las composiciones dramáticas son difíciles bagatelas. Otro tanto puede decirse por las revistas destinadas a dar cuenta y a trazar con sus verdaderos colores las novedades ya serias, ya frívolas que acontecen en el recinto de una quincena.

Es este un género de literatura que debe tener por condiciones la verdad unida a la discrecion, la elocuencia a la sencillez; debe ser amena, lijera y al mismo tiempo fiel e instructiva.

Por esto habiamos renunciado a escribir para la REVISTA DE VALPARAISO reseñas quincenales, tanto más cuanto que éstas tienen

por campo de accion un pueblo como el nuestro, donde la vida se desliza con la lijera exactitud y monotonia de la péndula.

Empero, a falta de acontecimientos locales, tenemos hoi en la rejion de la alta política innovaciones de interes jeneral. El voto acumulativo ha venido a conmovier a esa momia que se ajita bajo el manto de ambiciosos partidos. Quede la satisfaccion de esta alentadora reforma para los que aun no han tenido la ocasion de convenirse de lo que significa la política entre nosotros. Sobre los trece senadores y diputados más que nos trae el voto acumulativo sobre ellos reinará como reina la política de compadrazgo.

Doblemos esta hoja para ocuparnos de asuntos que estén mas en armonia con nuestras inclinaciones. Se habla en el círculo de las letras de dos obras nuevas ya en prensa, las que mui pronto verán la luz: la una tiene por título *Los secretos del confesonario*, y cuyo autor, señor Palma, es ya mui conocido del público por su novela *Los secretos del pueblo*; la otra es un tomo de poesias titulado: *Corona poética a la memoria de Adolfo Valdes*. Entendemos que esta obra se compone de un bello ramillete, en el que se entrelazan con profusion la siempreviva al cipres, la humilde violeta al altanero jazmin; todas flores del ingenio destinadas a honrar la memoria del malogrado poeta, de quien decia un amigo nuestro en una composicion que no ha querido dar a luz:

Al ofrecerle una corona bella
Piden del alma perfumada flor,
Cuando en el mundo se posó su huella
Cáliz de acíbar le brindó el dolor.

Nada os demanda el peregrino vate;
¿Qué de vosotros necesita ya?
Luchar le viste en desigual combate
Con alma helada e indiferente faz.

.....

.....

Si alzara Adolfo de su yerta tumba
Al escuchar vuestra mentida voz,
Dijera: vuelvo a do jamas retumba
El eco odioso de falsia atroz.

.....

.....

Acaba de llegar a nuestras manos otro libro cuyo interes por la materia de que trata es universal. Este libro parece destinado a otra sociedad menos positivista, menos calculadora y ocupada que la actual. *Amar es vivir*, tal es su divisa, y ciertamente el que lea estas bellas páginas impregnadas de ideas nacidas del corazon, de sentimientos sencillos, no podrá menos de simpatizar con el autor y unirse a él para dar gracias a la Providencia, que tuvo compasion de los hijos de Adan, puesto que les dejó para su consuelo el único bien sobre la tierra, la única felicidad de que nos es dado disfrutar y cuya fuente pura no se agota jamas: la felicidad de amarse. El mejor elogio que podemos hacer de esta obra es copiar algunos párrafos.

«El buscar el amor es tan insensato como el huirle! El amor es déspota caprichoso, y a veces reúne estremos que sin él nunca se habrían tocado: lo que es absurdo si se quiere; pero es así, y tendrán ustedes que perdonarle, porque a él debemos todos nuestros mejores sueños, nuestras mas risueñas y dulces horas. Fuego fatuo de diez y seis a veinte años, llama suave y lijera de veinte a veinte y cinco, volcan furioso de veinticinco a treinta, tal es el amor en las diferentes edades. Pocos hombres tienen el dichoso privilejio de saborearle en una misma persona en cada uno de esos periodos sucesivos de la vida de un corazon femenino. Labruyère ha dicho que las mujeres se apasionan de los hombres en razon de los favores que les dispensan, mientras que los hombres se curan de esos mismos favores; pero yo creo que se engañan en ambas cosas: si habla del amor verdadero se engaña gravemente, pues el hombre sobre todo nunca se cura; si habla del amor vulgar, del amor caprichoso e inconstante, se engaña de otro modo, pero mas torpemente, pues nada queda en los corazones del hombre y de la mujer despues de esos caprichos pasajeros... De donde deduzco yo que el amor verdadero se aumenta con la posesion del objeto, mientras que el amor vulgar desaparece... El amor verdadero es la esclavitud absoluta. Las naturalezas vulgares se curan de una pasion con otra mas fuerte que la primera; las naturalezas privilegiadas se curan únicamente por la fuerza de la razon, o no se curan jamas.

Desafío a la mujer mas diestra y disimulada, mas mujer si se quiere, a pasar solo un cuarto de hora con el elegido de su corazon y a conservar el suficiente imperio sobre sí misma para impedir que la expresion de sus ojos y el timbre de su voz le confiesen cien veces por minuto todo el amor que le tiene y todo el placer que experimenta en su compañía.

Esta sensibilidad espontánea, involuntaria que la mujer no logra encubrir jamas por muchos artificios que para ello emplee, prueba la escelencia de la naturaleza femenina tan calumniada y tan sublime.

Es un error creer que un necio pueda ser bueno y saber amar, pues el corazon se sostiene y se guia por la intelijencia. El amor verdadero no dice una palabra; cuando halla espresiones y juramentos, es que ya está lejos del corazon. Un hombre que ama de veras, no es ni majistrado, ni militar, ni abogado, ni aun poeta; digan lo que quieran ha perdido todas sus demas aptitudes: es un hombre que ama.»

.....
Pasamos a referir una anecdota que parece cuento.

Uno de los últimos vapores fondeados en nuestra bahía salió del Callao tan favorecido de pasajeros como suelen andar nuestros carritos urbanos; y tambien, como ellos, en cada puerto fué tomando mas jente a su bordo; de manera que la última familia que se embarcó en el puerto de Coquimbo ya no tuvo ni un sillón que ocupar por camarote. Esta familia se componia de una hermosa señora de cierta edad, una bella jóven de dieziocho a veinte y un jóven de dieziseis. Despues de haber buscado, aunque en vano, un albergue, la familia se paseaba sobre cubierta lamentando su penosa situacion, cuando he aquí que un desconocido se acerca a allas, y les dice con esa desenvoltura del hombre de sociedad.

—Señoritas, segun creo, ustedes no tienen camarote.

—Así es, caballero; el vapor está lleno.

—Pues yo, en compañía de un amigo, ocupamos un departamento demasiado grande para los dos, del que ustedes pueden disponer desde luego.

—¿Cómo, señor, usted y su amigo se molestarán por cedernos sus camarotes? Agradecemos a usted; más nó, no es posible.

El desconocido insistió tanto que la familia tuvo que dejarse conducir e instalar por él mismo en la cámara que la Providencia tan a tiempo les deparaba.

El desconocido, a quien llamaremos Arturo, fué en seguida a buscar a su amigo, y frotándose las manos con alegría, le dijo:

—Ya está hecho.

—Te saliste con tu intento mala cebeza; ¿y cómo vamos a pasar la noche?

—Quién piensa en la noche cuando la aurora aparece bella y

pura; esa niña me ha trastornado; lo confieso. Desde que subió al vapor me fascinó de una manera que me hace honor; francamente, no me creía capaz de estas emociones.

—Siempre el mismo, y cuidado que ya tu cabeza está salpicada de plateadas hebras; pero tú no te das por notificado ni recuerdas lo que Espronceda dice: que.

A las mujeres, los llorosos ojos

Y los cabellos blancos no enamoran.

—Estoi por creer que ustedes los poetas tienen el corazón en el cerebro, dijo Arturo acariciando su larga cabellera. Luego añadió:

Francamente, chico, ¿me encuentras muy viejo?

Su amigo, al oír esto, soltó una homérica carcajada.

Arturo, sin desconcertarse, le volvió la espalda, y dejando a su amigo entregado a aquel acceso de buen humor, bajó a la cámara a ver lo que hacía falta a sus bellas protegidas.

Entre tanto las señoras llenas de gratitud y simpatías por aquel atento caballero, no cesaron de ocuparse de él en el resto de la navegación. A medida que los cuidados de Arturo se multiplicaban, su curiosidad crecía.

—¿Quién será? Parece peruano.

—No hai duda que lo es por su acento...

—¿Si será casado? Es demasiado atento para ser casado.

—Eso no importa.

—Por su edad no parece soltero.

—No digas eso, niña; los hombres como éste están reñidos con el tiempo, no tienen edad.

—Parece hombre rico.

—¿Quién lo duda?

Entre estos y otros comentarios llegaron a Valparaíso.

Arturo, triste y conmovido, se presentó a decirles que el vapor estaba fondeado.

—Ha sabido usted hacer tan agradable nuestro viaje, que no es posible nos separemos así como desconocidos. ¿Viene usted a Valparaíso?

—Nó, señoritas, tengo mi familia en Santiago; pienso partir hoy mismo; ¿y ustedes?

—También para Santiago; y como deseamos manifestarle toda nuestra gratitud, espero nos hará el gusto de aceptar la amistad que le ofrecemos desde luego. Denos su tarjeta y las señas de su casa en Santiago.

—Señoritas, no deseo otra cosa que el poderme honrar con el título de amigos de ustedes. Creo que mi familia vive aun en la calle de la Compañía. Mi nombre es Arturo Ovalle.

Al oír este nombre, las dos mujeres se arrojaron en sus brazos, exclamando:

—Es él; ¡Arturo! ¡querido hermano!

Un rayo no habria dejado a Arturo tan estufacto; mas, volviendo en sí, estrechó contra su corazon a aquellas dos queridas cabezas, diciendo:

—¡Providencia Divina! ¡ellas mis hermanas!

El jóven hermano y el amigo de Arturo vinieron en ese momento a decirles que el bote estaba listo.

¡Cuál no seria su sorpresa al encontrar aquel grupo de tres personas formando un solo cuadro! ¡Cuadro conmovedor, lleno de ternura y felicidad!

Despues hemos sabido que hacia 23 años a que Arturo habia dejado a Chile. En este largo tiempo no solo él aparecia completamente cambiado para los de su familia, sino que muchos de sus hermanos le eran desconocidos.

Pero pasando a otra cosa, debemos convenir en que esta vez el furor por la tragedia ha tomado una fuerte intensidad en el público santiaguino.

Hace mucho tiempo que no se habia visto un público tan ávido de emociones fuertes. Es verdad que esta fiebre dramática es alimentada en gran parte por la moda.

Quien no ha visto a la Ristori en *Medea*, en *Pia de Tolomeo* en *Fedra*, etc., ni es de moda, ni es de tono, ni tiene gusto por el arte, ni es capaz de apreciar en todo su valor las notabilidades que, como aereolistas desprendidos al acaso de otros mundos, caen en el nuestro para deslumbrarnos con las irradiaciones de sus talentos y de sus virtudes.

Terminaremos dando cuenta de una tertulia literaria a la que asistimos no há mucho tiempo. La reunion brillante y numerosa no esperaba la diversion que habia dispuesto el dueño de casa.

Ningun músico asomaba la cabeza por los salones, y únicamente se veía en medio del salon principal, una mesa y un sillón. Mientras los concurrentes se preparaban para pasar una noche mui animada y variada, se presenta el dueño de la casa y en tono grave anuncia a sus tertulios que iban a oír la lectura de una tragedia inédita leída por el autor.

Un movimiento jeneral acojió esta noticia; no sabemos si de gusto o disgusto por parte de los nerviosos que no se atreven a arros- trar el peligro de buena voluntad y con conocimiento de causa.

La lectura duró tres horas y media. A la puñalada final y a la agonía imitativa con que terminan por lo jeneral todas las traje- dias, el dueño de casa dió a sus convidados la señal del aplauso, a fin de despertar a los durmientes. Todos correspondieron al llama- miento, excepto uno que continuó sometido a su profundo sueño.

Al punto se temió que se habia muerto de un exceso de emo- cion; todos se acercaron a él, y un médico que se hallaba presente se disponia a prodigarle ya todos los socorros del arte, si era tiem- po todavía, cuando resucitó el difunto.

—¿Se acabó ya? preguntó con la sencillez de un hombre que no ha recobrado aun el uso cabal de sus facultades.

Y al levantarse dejó caer al suelo un pomito, que el doctor se apresuró a recojer leyendo en su rótulo esta palabra: cloroformo.

—Aquí tenemos el secreto de ese letargo.

—Sí, contestó el durmiente bien despierto ya.

—¿Y qué quiere decir eso?

—La esplicacion es bien sencilla. Las tragedias están mui a la moda, y como yo tenia sospecha de lo que habia de sucedernos esta noche, tomé mis medidas contra las fuertes emociones.

—¿Pero no sabeis que el uso del cloroformo es mui peligroso? preguntó el doctor.

—Mas peligrosa es la tragedia; yo conozco mi temperamento, y sé que no puede soportarla ni representada ni leida. Jamas he vis- to a la Ristori por no ver de paso una tragedia; asi, estoi bien deci- dido a valerme del cloroformo para evitar la mala influencia que ejerce en mi organizacion esta clase de espectáculos.

Comparada con la época presente son curiosas y dan una idea de lo que fueron en otro tiempo el teatro y los artistas españoles, las siguientes reglas dictadas por el consejo de Castilla, de acuerdo con los teólogos, para el orden de los espectáculos teatrales. Sin embar- go, antes y despues de dictarse estas reglas hubo gran libertad en esos teatros, especialmente en la representacion de comedias, aunque hiciesen tanto daño en las costumbres como las de Lope de Vega. Hé aquí estas reglas que pueden considerarse como una transaccion del consejo de Castilla con la opinion y la costumbre, pues aquel queria nada menos que los tales espectáculos se desterraran del reino:

1.^a Que las compañías fuesen seis u ocho, y que se prohibiese las llamadas de la Legua, en que andaba jente perdida de los lugares cortos.

2.^a Que las comedias se redujesen a materias de buen ejemplo, formándose de vidas y muertes ejemplares, de hazañas valerosas, de gobiernos políticos, y que *todo esto fuese sin mezcla de amores*; que para conseguirlo se prohibiese casi todas las que hasta entonces se habian representado, especialmente *los libros de Lope de Vega, que tanto daño habian hecho en las costumbres*.

3.^a Que en ningun lugar del reino se representase comedia sin que llevase licencia del comisario del consejo.

4.^a Que se moderasen los trajes de los comediantes, reformándose los guarda-infantes de las mujeres, el *degollado* de la garganta y espalda y que en las cabezas no sacasen nuevos usos o modas, sino la compostura del pelo que se usase.

5.^a Que ningun hombre ni mujer pudiese sacar mas de un vestido en una comedia, si ya la misma representacion no obligase a que se muden, como de labradores a otros semejantes; ni las mujeres se vistiesen de hombre; y que sacasen las basquiñas hasta los pies.

6.^a Que no se cantasen jácaras, ni sátiras, ni seguidillas, ni otro ningun cantar ni baile antiguo ni moderno, ni nuevamente inventado, que tuviera indecencia, descaro ni accion poco modesta, sino que usasen de la música grave y de los bailes de modestia, danzas de cuenta, y todo con la mesura que en teatro tan público se requeria; y que los cantares y bailes que tuviesen alguna representacion no se pudiesen decir ni hacer sin que estuviesen pasados y registrados por el comisario del consejo.

7.^a Que ninguna mujer, aunque fuese muchacha, bailase sola en el teatro, sino en compañía de otras, y si el baile fuese de calidad que se hubiesen de poner cerca hombres y mujeres, fuese con accion y modo mui recatado.

8.^a Que no pudiese bailar ni representar mujer ninguna que no fuese casada, como se habia mandado.

9.^a Que los vestuarios estuviesen sin jente, ni entrasen en ellos mas que los comediantes y sus ayudantes; y que la comedia se empezase a las dos en invierno y a las tres en el verano porque no se saliese tarde.

10. Que asistiese un alcalde a la comedia, en la forma que se acostumbraba, con asistencia tan precisa, que no faltase en ninguna,

aunque se repitiese muchos dias; y que las justicias contuviesen los desórdenes de los representantes, visitando sus casas, rondando sus calles y procurando desterrar de ellos la jente ociosa que las frecuenta, *no con poco escándalo de la corte.*

Por un sujeto que escribia o avisaba a otro de lo que pasaba en esta corte, no solo consta el tiempo fijo en que se intimaron estas leyes, sino que añade algunas nuevas circunstancias. Dice asi:

«En lo que mas ahora se habla en Madrid es en las leyes que se han puesto a comedias y a comediantes.

Han hecho, a instancia de don Antonio Contreras del consejo real de Castilla y cámara, en primer lugar, que no se puedan representar de aquí en adelante de inventiva propia de los que las hacen, sino de historias o vidas de santos; que farsantes ni farsantas no puedan salir al tablado con vestidos de oro ni de telas; que no pueda representar soltera, viuda ni doncella, sino que sean todas casadas; que no se pueda representar comedias nuevas, nunca vistas, sino de ocho en ocho dias; que los señores no puedan visitar comediante ninguna arriba de dos veces; que no se hagan *particulares* en casa de nadie, sino es con licencia firmada del señor presidente de Castilla y de los consejeros, etc.»

ROSARIO ORREGO DE URIBE.

En el número anterior incertamos un importante artículo que nos envió el señor Mathieu de Fossey, de su obra inédita *Filosofía de la fábula*, el cual se publicó anónimo.

Esperamos que el señor Mathieu de Fossey seguirá favoreciéndonos con su interesante colaboracion.

LA REDACCION.

UNA PERLA ORIENTAL.

(CONTINUACION.)

—Podemos salvarnos! exclamó de repente.

—De qué manera?

—Saliendo de los estados de mi señor; viviremos desconocidos y tranquilos.

Yousouf lanzó un suspiro.